

TXUS DI FELLATIO Y KIKE BATEMAN

MALICIA

LA NOCHE DE LAS
BRUIAS



INTRO: ZUGARRAMURDI 1621

Siglo XVII

Zugarramurdi no es un mero punto en el mapa navarro, sino una respiración profunda del tiempo. Al adentrarse en sus dominios, el visitante siente cómo la luz del sol se filtra a través de una historia densa, tejida con el color esmeralda de sus prados y la penumbra fascinante de sus cuevas. Es un pueblo donde la arquitectura popular, recia y señorial, dialoga en silencio con el susurro de la leyenda. Aquí, el aire huele a humedad ancestral y a hierba recién cortada, un aroma que envuelve las casonas de piedra y madera, muchas de ellas testigos inmortales de una época marcada por el miedo y la superstición. Los tejados a dos aguas parecen guardar secretos bajo la bruma que a menudo abraza las cimas pirenaicas. La Cueva, hendidura monumental en la tierra, es el verdadero corazón palpitante del mito. El Regata del Infierno (Infernuko erreka) la atraviesa, un arroyo que musita sin cesar, como si contara a las rocas la crónica de los akelarres. Al cruzar su umbral, se deja atrás el siglo actual para pisar el eco de las hogueras y las danzas prohibidas. Zugarramurdi es, en esencia, la memoria de una resistencia, el emblema de aquellas mujeres que, para la Inquisición, eligieron la libertad del monte y el conocimiento de la tierra. Allí, bajo bóvedas que el cielo besan rotas, dicen que las sorginak, bellas brujas, danzaban al conjuro de la luna... En Zugarramurdi, la cueva es un portal donde la historia se atreve a bailar con el hechizo y donde cada sombra es un poema no escrito a la libertad. Al abrigo de la noche, el ulular de una lechuza se funde con cánticos ancestrales de unas brujas alrededor de un caldero para invocar lo nuevo, lo viejo, lo puro, lo impuro y al Rey de las mentiras, al Príncipe de la dulce pena.

MALICIA

La cueva, húmeda y fría, apenas estaba iluminada por el resplandor verde y violeta que emanaba del caldero de hierro. El aire, denso y cargado de incienso de sándalo y humo de hierbas secas, vibraba con la energía concentrada de la medianoche. Alrededor del caldero se encontraban tres figuras: Lysandra, la bruja joven, la de la voz de cascabel y ojos de obsidiana, sostenía un manojo de raíces de mandrágora y recitaba el conjuro base con una dicción precisa y poderosa, Alazne, la bruja madura, la de las manos fuertes y cicatrizadas, mantenía el fuego bajo el caldero avivado con leños de roble, asegurándose de que la mezcla alcanzara el punto exacto de ebullición y Hecuba, la anciana, cuyos cabellos grises parecían telarañas, era la guardiana del poder. Con un gesto lento, dejó caer en el líquido hirviente tres lágrimas de cristal de luna (el ingrediente final), mientras susurraba la última y más vinculante línea: «Que lo que fue, regrese; que lo que se perdió, se encuentre; que lo que se desea, florezca». El hechizo era de unión y manifestación. Al caer las lágrimas, el líquido dio un feroz borbotón rojo sangre, soltando un vapor espeso que, al tocar la roca, dejó sobre ella símbolos arcanos y temporales. Las tres brujas entrelazaron sus manos sobre el cuenco humeante, sintiendo el poder vibrar desde sus palmas hasta el corazón de la tierra, sellando así su obra mágica.

Unos gritos les sorprenden y miran hacia la entrada de la cueva. Varios soldados, precedidos de un monje que porta bordado en su hábito un escudo con la cruz, la espada y la rama de olivo, arremeten contra ellas. Tras golpearlas salvajemente, se las llevan detenidas hasta Logroño donde hacen un burdo juicio y la sentencia es ser quemadas en la hoguera.

Se ensañan especialmente con la sorgina llamada Alazne, que la consideran la sacerdotisa y la ponen al frente de las piras, a sus pies reposa un violín, que según el Santo Inquisidor es el receptáculo donde mora el Diablo. Entre el atroz sufrimiento, Alazne, lanza una maldición. El día se vuelve noche, empieza a llover y un viento gélido eriza todos los vellos del populacho. Cuando termina el cruel espectáculo y se apagan las llamas, el Inquisidor descubre asombrado que no hay rastro del violín, ha desaparecido. Miles de lunas después nacerá una niña que, sin saberlo, es la descendiente del Diablo.

RÍOS DE LAGRIMAS

1981, siglo XX

Adolecía la mañana de eso que los marineros llaman “olor a tranquilidad” al contrario, el cielo tosía tozudamente sobre la piel de la ciudad de Valencia y alrededores y el horizonte con un tono enfermo y plomizo anunciaba una tragedia.

Mientras mira la sobria puerta tristemente iluminada, intenta recordar los tiempos felices, pero quedan tan atrás que le cuesta recordarlo. Le dijeron que estaba bendecida por Gaia, la diosa personificación de la tierra, y así lo creyó hasta que un aciago día, una tromba de agua se llevó por delante el coche cuando iban camino a sus vacaciones; ella consiguió salir pero su marido sucumbió bajo el aluvión de lodo. Al mes supo que estaba embarazada pero no estaba preparada para afrontar una nueva vida, lo único que deseaba es que Gaia se la llevase junto a su amado pero no quería matar a lo que estaba gestando. Esperó a dar a luz, ya estaba preparada para reunirse con su amado y su decisión antes del viaje final fue dirigirse ante la austera puerta. Besó al bebé, lo dejó sobre el felpudo, pulsó el timbre y salió corriendo. Al lado de la puerta había un cartel que rezaba “Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús”.

NO ME DEJES SOLO

La noche era de terciopelo azul y plata, salpicada por la luz melancólica y moribunda de la luna, cuando tres siluetas vestidas de austero y negro hábito se detuvieron ante la majestuosa verja de hierro forjado. Eran las hermanas, Clara, Claudia y Trinidad, portando un tesoro envuelto en un chal de lana demasiado fina ajada por el tiempo: una niña. Con un dolor silencioso que solo el sacrificio y la duda conoce, la Hermana Clara acercó la canasta. Dentro, la pequeña dormía plácidamente, su nombre bordado discretamente en la tela: Maialen. Su respiración, suave y rítmica, era el único sonido que rompía la quietud de la acaudalada residencia, la cual prometía un futuro de estabilidad y cuidados. La Hermana Sofía deslizó en la manta un pequeño medallón de la Virgen de la Peña, una bendición silenciosa. Finalmente, la Hermana Trinidad, la más anciana, tocó con un dedo tembloroso la mejilla de la bebé: «Que la abundancia de este hogar sea tu escudo», susurró con la voz quebrada. «Que el amor que no podemos darte te sea entregado multiplicado. Vuela alto, Maialen, que Dios vele tu sueño». Dejaron la canasta justo en el umbral de mármol, bajo el cálido halo de una lámpara exterior. Dieron media vuelta sin mirar atrás, sus pasos suaves y resignados desdibujándose en la niebla matutina. Dejaban no solo a una niña, sino un acto de amor desesperado, confiando el destino de su pequeña flor a la bondad de un mundo más vasto que el de los muros de su convento. El secreto de Maialen se quedó grabado en la noche, esperando la luz del amanecer para ser descubierto.

Despertaba el alba cuando, Antonio y Laura, fieles a su horario para ir a trabajar, se desconcertaron al ver un extraño paquete en su puerta, el desconcierto se transformó en sorpresa cuando descubrieron lo que portaba. Pensaron que era un regalo de Dios ya que ellos no podían tener hijos y no dudaron en mover tierra y cielo para adoptarla. Maialen tuvo una infancia donde no le faltó de nada; iba a uno de los mejores colegios, destacaba en las clases extraescolares de música y se encontraba arropada por sus progenitores. No sabía que la sombra del diablo la acompañaba y que llegado el momento, actuaría. Ese momento llegó; cuando tenía quince años, a su madre le diagnosticaron un cáncer terminal y falleció a los pocos meses. Su padre no tardó en caer en una depresión severa, no podía vivir sin su mujer.

EL ÚLTIMO REZO

Como un autómatas sin alma, él se sienta tímidamente en el borde de la cama, un espacio que la memoria aún mantiene tibio con la silueta de ella. La casa es un museo de su ausencia: el aroma de su perfume todavía se aferra a la bufanda olvidada, y las tazas en la cocina parecen esperar la mano que las usaba. La enfermedad, esa ladrona paciente y silenciosa, se la llevó. Mira hacia arriba, hacia el techo inmaculado que de alguna manera le parece el único portal hacia lo inalcanzable, y el dolor se convierte en un grito ronco, un sollozo de barro que no encuentra consuelo, un lamento hecho de rabia. «¿Por qué, Dios?, ¿Por qué la precisión de este golpe?» susurra, y la pregunta no es una duda de fe, sino una herida profunda. «¿Por qué robar la risa más pura, silenciar la voz más dulce, apagar la luz que sostenía mi mundo? Tú, que te llamas amor y clemencia, ¿por qué permitiste que la fragilidad de su cuerpo venciera la inmensidad de su espíritu? Era ella quien merecía la eternidad, no yo, que ahora soy solo un eco sordo en esta casa vacía». Cierra los ojos, sintiendo el peso del silencio que antes llenaba la música de su vivir compartido. Y aunque no encuentra respuesta en el aire, se aferra al recuerdo de sus últimos días, donde incluso en la debilidad, ella le enseñó la fortaleza de amar hasta el último aliento. El único consuelo, una frágil certeza: que si el cielo ganó una estrella, esa estrella tiene sus ojos.

QUIERO SER LIBRE

Para él, la depresión no es tristeza; es una niebla densa envuelta permanentemente de un matiz plúmbeo. Se despierta cada mañana y el esfuerzo por levantar el cuerpo es una batalla épica contra una fuerza invisible que le dice que no vale la pena. Las sábanas, más que un refugio, son una pesada ancla que lo sujeta al lecho, una cárcel hecha de seda... La luz del sol se filtra por la ventana, pero no lo calienta; es solo una burla dorada a su oscuridad interior. Sabe que hay un mundo afuera, lleno de colores, amigos y la promesa de un día mejor. Lo sabe con la mente, pero el corazón, ese músculo exhausto, se niega a creerlo. Su mente es un laberinto de espejos distorsionados donde los logros pasados se ven como fracasos y la esperanza es un concepto tan ajeno como lejano. Piensa en la salida, en el hilo de Ariadna que lo sacará de este encierro, pero sus manos están demasiado débiles para sostenerlo. Y aun así, en el fondo, en el rincón más diminuto y menos iluminado de su ser, hay un minúsculo destello. Una voz suave, apenas audible, que le recuerda el sabor de la risa, el tacto de la arena de su amada playa bajo sus pies, la calidez de un abrazo. No puede levantarse hoy, quizás tampoco mañana, pero ese leve recuerdo de la belleza perdida es su mapa silencioso. Es la promesa más frágil de que la puerta está allí, en alguna parte, y que el primer paso para encontrarla es simplemente no dejar de buscar ese pequeño, persistente deseo de volver a sentir.

MI CUERPO Y YO NOS DEJAMOS DE HABLAR

Maialen lleva consigo la quietud de una tarde de verano y la frescura de un primer rocío. Es una presencia que no exige atención, sino que la invita con una dulzura inusual. En su calma hay un eco de sabiduría antigua, como si su alma hubiese visto muchas primaveras y supiera el valor real de la paciencia. Sus ojos, profundos y grandes, tienen la capacidad de mirar más allá del ruido, encontrando el punto vulnerable y sincero de cada corazón que se cruza en su camino. Su abundante pelo negro y algo ondulado es el marco noble donde sus pobladas cejas juegan con darse besos a esas facciones angulosas, mitad gemido gitano, mitad canto árabe. Es en ese contacto donde reside su magia: no necesita hablar mucho para ofrecer consuelo. Un gesto, una ligera inclinación de cabeza, o el simple acto de escucharla respirar a tu lado, son suficientes para sentirte en un hogar seguro. Ella no busca ser el centro de la tormenta, sino el refugio sereno que espera en la orilla. Maialen es la prueba de que la fuerza más grande reside en la ternura, el regalo de un espíritu que florece lentamente, regalando su perfume a quienes tienen la fortuna de detenerse a contemplarla. Pero una fuerza invisible le hace no ser aceptada por la gran mayoría de sus compañeros del colegio, tanto su manera de ver la vida como sus gustos no cuajaban con el resto, la tachaban de “rara” pero era una estudiante sobresaliente y, si le pedían cualquier favor, ella accedía. Ahora se muestra mortecina, su rendimiento ha caído en picado y rechaza cualquier trato. Su profesor de literatura se ha percatado y la retiene a la salida de clase; es el único profesor que nunca ha cuestionado su manera de ser, incluso fue el que la introdujo en la literatura de misterio y terror de Lovecraft o Poe. El tipo se encuentra preocupado ante la situación en la que se encuentra inmersa y la invita a cenar a su casa para que pueda desfogarse. Ella confía y ve en él al padre que está perdiendo. La realidad la golpea sin piedad, las intenciones son otras más oscuras... Vejada y humillada camina arrastrando los pies. Pasa por un puente que cruza un río y mira hacia el agua oscura, siente deseos de tirarse.

LA NOCHE CELTA

Maialen llega a casa; se asoma a la habitación donde reposa su padre, está dormido. La medicación le mantiene despierto poco tiempo. Se ducha para intentar limpiarse, aunque sabe que el olor, el sonido de la voz del miedo y la desesperación no se disiparán jamás. Vuelve a la habitación y se sienta al lado de la cama; no puede reprimir unas lágrimas; su padre, somnoliento, nota su presencia y tras cogerle una mano, le pregunta sobre su desazón. Ella saca fuerzas de flaqueza para mentir y contestarle que todo va bien. El padre vuelve a dormirse, Maialen se acurruca junto a él y llora hasta que la derrota el cansancio. Sueña con una agradable melodía. Una sonrisa asoma tímidamente en su rostro. Maialen, con su alma tejida de hilos de silencio y un corazón que a menudo mira hacia adentro, sentía el peso del día desvanecerse en la oscuridad de la noche. Pero esta noche era diferente. Mientras miraba por la ventana, las estrellas, centelleantes como pequeños ojos juguetones, comenzaron a deslizarse del terciopelo negro con el que la noche se vistió para ella. No caían; descendían flotando como copos de luz hasta posarse en su balcón. Eran ellas, sus viejas amigas celestiales, que venían a rescatarla. Con una voz que era un susurro de cristal, la estrella más brillante le dijo: «Maialen, la vida está ahí fuera, esperando ser bailada. Deja atrás el gris. Queremos ver cómo tu risa ilumina este mundo. Sal a jugar con nosotras, antes de que amanezca y tengamos que volver». Y Maialen, por primera vez en mucho tiempo, sintió que el impulso de vivir era más fuerte que el miedo a moverse. Se puso su abrigo gótico, su camiseta de su banda preferida *Hym*, y al abrir la puerta, la luz de las estrellas no la deslumbró; la envolvió, invitándola a descubrir el mundo que había olvidado mientras miraba las sombras. Fue la primera vez que se le vino a la mente esta frase que más tarde utilizaría muy a menudo: «Hoy toca ser feliz».

MIL OJOS TIENE LA NOCHE

Maialen se hundió en el sueño como quien cae en un estanque de tinta tibia. Cuando abrió los ojos, no estaba en su cama, sino en el corazón de un extraño bosque que respiraba. El aire era denso, dulce y cargado de aromas que no existían en la vigilia. El suelo bajo sus pies era musgo color amatista. Pero lo verdaderamente ajeno eran los árboles: sus troncos eran de un cristal iridiscente y, en lugar de ramas, miles de ojos inmensos y quietos —ojos de un azul profundo, de un ámbar líquido, de un violeta eléctrico— la observaban sin parpadear. Al pasar, los troncos se abrían, y una sinfonía de susurros vegetales la envolvía: «Busca... busca la llave de niebla...», decían las voces graves, vibrando como las cuerdas de un cello. Entre las raíces, Maialen vio criaturas que desafiaban la biología: un ciervo con astas de coral que lloraba perlas; mariposas cuyas alas eran fragmentos de espejo roto y un pequeño zorro plateado que reía con un sonido metálico. No había miedo, solo una curiosidad abrumadora, la certeza de que estaba exactamente donde debía estar. Era un viaje a través de la psique, una danza delicada y aterradora en la que Maialen era, al mismo tiempo, la espectadora y el paisaje. Al final, la neblina se hizo más espesa, y el último ojo que vio, un ojo gigantesco color esmeralda, le sonrió antes de que todo se disolviera en la paz, prometiéndole que una parte de ese bosque siempre viviría en sus sueños. Y entonces una planta con el tallo de marfil cobró la forma de un bajo y una repetitiva e hipnótica melodía empezó a sonar. Era la melodía de la travesía de los ojos que esperan.

EL VALS DE LAS ALMAS ROTAS

El sueño es extraño pero agradable, esa melodía la lleva hasta un baúl donde hay un violín tan viejo como ajado, lo coge y empieza a interpretar la canción, según va tocando, empieza a flotar hasta llegar a las estrellas, la luna admira su actuación. De repente, empieza a caer, la ingravidez la despierta. Se encuentra en su habitación con un violín entre las manos. Atónita, se lo pone en el hombro y pasa tímidamente el arco sobre las cuerdas, sus dedos empiezan a moverse mágicamente ejecutando a la perfección la melodía que oye como un silbido lejano. Cuando termina, el silbido se convierte en voz: «Estás preparada, hija mía, es el momento de mostrarte al mundo y vengarte». Se vuelve y hay un espejo de cuerpo entero. Su reflejo no muestra a la niña temerosa. Su tez verdosa y sus ojos sanguinolentos retan al mundo.

Maialen ha desaparecido, Malicia ha despertado.

El cambio no fue un estruendo, sino un escalofrío lento. Aquella dulzura que una vez la definiera se fue desvaneciendo, reemplazada por un brillo helado en los ojos. La desesperación, disfrazada de poder, la había llevado hasta el umbral donde la luz no se atrevía a entrar. Ante la sombra ancestral, el pacto se selló no con fuego, sino con la pérdida de su ternura. Maialen ofreció el calor de su bondad a cambio de una fuerza cortante, y el diablo aceptó el trueque sin un solo gesto. Ahora, la Maialen que conocieron es solo un recuerdo frágil. Su cabello retiene el color del crepúsculo, pero su risa, antes cristalina, se ha convertido en una nota hueca que congela el aire. Se ha vestido de oscuridad, poderosa, sí, pero con un vacío doloroso donde antes residía la luz.

La bruja oscura y vengativa ha nacido, y su poder es un monumento silencioso al amor y la bondad que tuvo que matar para obtenerlo.

LA RUTA DE LOS SORDOS

Durante tres frenéticos días ha conseguido componer diez temas. Decide ir a varias discográficas para que oigan sus canciones, se va encontrando con puertas cerradas, no le dan opción ni a escucharla. Por fin, una accede; la actitud del tipo no le merece mucha confianza, más que fijarse en su música, sus ojos la recorren de manera lujuriosa. Al segundo tema, el grasiiento seboso la detiene y le dice que si quiere triunfar, debe ofrecerle algo más que música. Malicia sonríe, se le acerca y le besa, las manos de él torpemente empiezan a toquetearla. De repente, se detiene, un ardor insoportable le recorre la garganta, aparta a Malicia y, de su boca las palabras se han convertido en cucarachas que expulsa entre esputos de sangre. Se tira al suelo desesperado. Malicia le pisa la cabeza, se revuelve hasta que se queda paralizado, quien le pisa la cabeza no es la chica, es el Diablo.

Ya tienes lo que has pedido, dice tembloroso el tipo. Malicia le mira extrañada, solo recuerda que le hizo una propuesta obscena. Sobre la mesa hay un contrato y tras el temeroso empresario hay una silueta donde solo se distingue un par de ojos rojos y una sonrisa biliosa.

Firma con tu sangre, oye un susurro que le recuerda a la voz de su habitación, la venganza es nuestra. Malicia se hace un corte y sella el pacto con el diablo.

HALLOWEEN

La discográfica ha conseguido a Malicia un local de ensayo y músicos. Son verdaderos profesionales a los que les motivan los temas y que trabajan incansablemente durante semanas. Esta última sesión ha sido especialmente intensa y cuando han terminado ya son horas intempestivas. El guitarrista les recuerda que es 31 de octubre... Halloween.

La noche de Halloween no es simplemente oscuridad; es el momento más delicado del año, cuando el velo entre el 'aquí' y el 'allá' se vuelve tan fino como la seda. Hay una dulzura extraña en el aire frío, un silencio reverente que envuelve las calles iluminadas por las calabazas sonrientes. Es la hora en que sentimos el casi-tacto de quienes ya no están, la certeza emotiva de que los pasos que oímos detrás de nosotros podrían ser de alguien que amamos, volviendo solo por un instante. La frontera no es una barrera; es un puente de niebla, donde el recuerdo se convierte en presencia. Mientras las risas de los niños celebran la vida, los adultos sienten un suave eco de las almas, un recordatorio melancólico y hermoso de que el amor es la única magia que trasciende la tumba. Por unas pocas horas, estamos todos juntos, unidos en el suspiro de una noche que honra la vida a través de la memoria. Es el velado susurro de la frontera, es la noche de las brujas.

Alguien propone celebrar su éxito en el cementerio con un buen botellón. ¿Qué mejor fecha y lugar para ellos que según sus letras, Malicia es una bruja y ellos magos? La aprobación es unánime. El cementerio no les da miedo, se encuentran en su hábitat, empiezan a brindar mientras bailan y cantan las canciones. Entre brindis y abrazos, Julián, el bajista, la besa. Malicia le corresponde, las miradas cómplices ya lo anunciaban. El resto del grupo lo apoya con verdadera algarabía. De repente, una silueta rodeada por un extraño halo se les acerca, el ropaje que lleva está calcinado y deja entrever las mismas pústulas que tiene en la cara y las manos, aun así sigue siendo una mujer bellísima. Con un gesto detiene el tiempo y paraliza a todos excepto a Malicia. «Debes desconfiar del que se hace llamar padre». Malicia se encara a la aparición asegurándole que es su hija y que es el único que en realidad le apoya. La mujer se ríe «Tú, y mil más, y a todas nos ha traicionado. No debes fiarte... Yo lo hice y terminé calcinada, vengo solo a prevenirte».

¿Quién eres? Pregunta Malicia. El amanecer empieza a asomar y la bella mujer va desapareciendo, tan solo le da tiempo a decir «Soy Alazne, la primera de tu estirpe. Cuando comprendas que te ha traicionado, toca las notas precisas».

LOS FANTASMAS DE LA FE

Malicia la ve desaparecer y mira a sus compañeros que siguen tan estáticos como las figuras que decoran las lápidas. La duda la corroe, conoce el nombre de Alazne y sabe que fue una de las brujas ajusticiadas de Zugarramurdi. Si tiene razón, puede que todas las penurias por las que ha pasado no sirvan para nada.

Un susurro a su espalda le hiela, se vuelve y hay un tipo sentado amparado entre las sombras que da el amanecer, no distingue cara alguna. «No debes preocuparte, eres mi hija y a una hija se le da todo. Conseguirás todas tus metas, tienes mi palabra». ¡Si eso es verdad, ¿porqué no te muestras?! —Chilla Malicia—. No obtiene respuesta. Malicia quiere... necesita creer... Se acoge a la palabra del rey de la falacia.

LA TIERRA DE NUNCA JAMÁS

Desaparece la figura y sus compañeros vuelven a cobrar vida, ni han visto a Alazne ni mucho menos a... su padre. Julián vuelve a besarla y le dice: «Te he querido desde el primer día». El sol les abraza.

La relación de Julián y Malicia se forja día a día, él se va a vivir a casa de ella y por ¿casualidades de la vida? antes de ser bajista, profesión que siempre deseó, estudió enfermería hasta que consiguió su sueño. Cuidaba del padre de Malicia para darle tiempo a ella para que siguiese componiendo. Una noche, Malicia le dijo que estaba embarazada. Julián estalló de alegría hasta que ella le confesó que seguramente el hijo que estaba gestando era fruto de una violación, no de él.

No hubo respuesta, se fue a la cama y Malicia pasó la noche en vela. Por la mañana fue a la habitación para ver cómo podían solucionarlo... Una botella de güisqui y una caja de pastillas vacía fue la respuesta que encontró. La ira se apodera de ella ¿no puede ser feliz nunca? Maldice a su supuesto padre, sabe que no puede recurrir a Dios. ¿A quién acudir? Se acuerda de las palabras de Alazne. ¿Qué notas pueden ser? Coge el violín y tan solo roza dos cuerdas. Se aparece la misma mujer del cementerio: «Él disfruta y se alimenta de las desgracias, nunca te dejará ser feliz. Tras muchos años de sufrimiento sé cómo engañar al príncipe de la mentira y, sobre todo, cómo hacerle daño, pero requiere de tu sacrificio». Malicia le responde que le da igual todo, solo desea morir y descansar. «¿Crees que te va a dejar que te suicides? Llevas a su hijo en tu interior, el anticristo, la música y el éxito prometido es una de sus artimañas. El supuesto profesor de literatura era Él y hará lo imposible para que nazca». Malicia no ve solución, la desesperación se apodera de ella, no sabe cómo reaccionar.

«Si me haces caso, nos vengaremos de ese cabrón».

Una semana después, Malicia mira hacia el bravío mar que rompe en el acantilado de Vixia de Herbeira, en Galicia, 620 metros de caída libre. Se aparece a su lado el Diablo «¿Qué pretendes? Si lo haces, no solo perderás los privilegios con los que te he favorecido, tendrás una eternidad donde verás a tu amado comido por las ratas continuamente y no podrás más que mirar».

Malicia se ríe: «Te equivocas, he conseguido el suficiente poder para engañarte, Príncipe de la mentira. El cuerpo morirá pero mi alma se convertirá en canción y estaré junto a mi amado en cada estrofa eternamente».

El Diablo ve impotente como Malicia se arroja al vacío.

SIEMPRE JUNTOS

La encontraron en el amanecer, tendida en la arena húmeda, donde la espuma fría del mar dibujaba un último sudario a su alrededor. No era el cuerpo pálido que se esperaría de un ahogado; su piel había cedido a una transformación espantosa y silenciosa. Un tono esmeralda profundo, casi marino, se había apoderado de su carne. No era el verde vibrante de la vida, sino el color mórbido del musgo de las profundidades, revelando el precio atroz de un trato hecho en la desesperación. Las texturas, suaves al tacto, sugerían el inicio de una corrupción impía, una belleza invertida y podrida. Su rostro, aun devastado por la sombra del pacto, conservaba una última huella de melancolía. Sus labios, de un violáceo oscuro, parecían haber susurrado su arrepentimiento al viento antes de que el mar reclamara lo que la tierra había entregado. Ella era el trágico testimonio de que el diablo no roba el alma de una vez, sino que la vacía lentamente, dejando solo un caparazón de dolor y un color insólito que la marea jamás podrá lavar. Su final en la playa era la evidencia delicada y terrible de un poder que fue comprado a un costo más alto que la propia vida: el costo de la propia alma.

Años más tarde, en Madrid, un joven de 18 años sueña con tener una banda de folk metal. Una fría noche escucha el crujido de su alma, el llanto hecho promesa de una voz cavernosa que lejos de asustarle, le mece y le cobija... La frase "Siempre juntos" no es una promesa vacía ni una simple suma de dos presencias; es la geometría perfecta del apoyo. Significa que cuando la vida se quiebra, la grieta se detiene en tu mano. Es saber que no importa cuán frío sople el viento, el calor de una mirada compartida bastará para encender de nuevo la calma. Significa que mi victoria es nuestra celebración y que mi dolor jamás será cargado en solitario. Es un ancla suave en la tormenta, la certeza de que en este vasto y a menudo incierto universo, nunca estaremos a la deriva. "Siempre juntos" es, en esencia, la forma más tierna de decir: "No tengas miedo, aquí estoy yo".

Y así fue como ese joven batería de nombre Chus alumbró junto con sus amigos Juanma y Pedro el principio de una bella historia... Había nacido Mägo de Oz.